

ENTREVISTA CON LA DOCTORA MARIE-AGNES FAURE

Por **María Antonia Llinas**

Miguel Puyuelo Sanclemente

MARIE-Agnès Faure, cantante y médico especializado en voz, ha realizado numerosas publicaciones sobre este tema. En esta ocasión responde amablemente a nuestras preguntas sobre su proceso de formación y sobre la patología vocal.

—¿Cómo empezó su interés por esta especialidad?

—El camino hasta la logopedia se parece a un juego de pista: un violín que fue a parar en mis manos porque no creaba ninguna pasión en el hermano que lo había recibido como regalo, una inclinación por el juego teatral y la magia de la voz en el teatro, mantenidos por unas sesiones teatrales en recompensa a unas buenas notas en la escuela; una amiga me propone ir a una clase de canto en el conservatorio municipal de mi ciudad natal, una buena y simpática experiencia en una compañía de teatro local de aficionados; un llamamiento hacia la relación —ayuda al prójimo—, una facilidad para escuchar confidencias de dramas interiores sin apropiármelos, una simpatía por el psicodrama según los escritos de Moreno, un llamamiento para estudiar las enfermedades del psicósoma, intentar encontrar resonancias de resolución en el arte...; unos padres poco propicios a una carrera únicamente artística, un primer año de arte dramático en un conservatorio de ciudad universitaria. A partir de aquí, la decisión de madurar sanamente en relación con el acto terapéutico haciendo estudios de medicina.

La yuxtaposición de unos estudios de medicina y vocales era complementaria: exterioridad e interioridad. Mis principios vocales, servidos por mi én-

fasis personal de entonces, y mis «obligaciones» técnicas musicales y vocales, experimentadas como tales en sus principios, me hacían interiorizar al máximo este acto de comunicación. Mi elección se dirigió rápidamente hacia las heroínas wagnerianas y el lied alemán romántico. Trabajaba entonces con Marcelle Bunlet, wagneriana consumada, y con una de sus alumnas. Las temporadas en Bayreuth en el seno de la academia internacional de jóvenes habían alimentado bien esta pasión, hasta el día en que una amiga me aconsejó que la acompañara a Salzburg para asistir al curso de Arleen Auger, en la academia musical de verano. Allí tuve la revelación del canto «sol» (otro fuego menos brillante, pero resplandeciente de brillantez), del canto sin restricciones, de las imprecisiones, de las lagunas del análisis «técnico», de las dificultades ligadas a las lenguas, a las estéticas de cada país... A mi vuelta decidí orientar mis estudios de medicina hacia la especialidad «logopedia». Seguía con suerte: el profesor J. C. Lafon dirigía en Besançon el Servicio de Audiología y Logopedia, universidad en la cual estudiaba, me acogió calurosamente respetando mis actividades artísticas y sus exigencias en el tiempo, y estando abierto a mis actividades pedagógicas: libertad de acción y conocimientos teóricos y terapéuticos en el campo de la audiofoniatría encontraron su sitio.

—*¿Qué otros profesionales intervinieron en su formación?*

—Entre dos cursillos en Salzburg con Arleen Auger, me encontré con Helmut Lips, que aceptó más tarde darme unas clases en París. Con él aprendí a reflexionar sobre la elección del material fonético en función de la dinámica laríngea y de su mejoramiento, y me dejé seducir por esta famosa proyección «Marciana» de la voz, hasta el día en que sentí volverse mi voz «metal», siendo una arma afilada por cierto, pero no me reconocí.

Entonces conocí a Cathy Berberian, que abrió ampliamente la puerta a una especie de sensualidad vocal y al placer de cantar para hacer reír, sonreír y ser maliciosamente agradable... Brillaba también como un sol resplandeciente, pero era dulce y generosamente atento, bañándonos del positivismo de su impetuosidad.

En estos dos últimos años, fueron Andrea Guiot y Marie-Thérèse Cahn las que continuaron inculcándome esta preocupación por esta exigencia de calidad vocal, su homogeneidad en el detalle, para un desarrollo completo de la voz tan «solar» como «Venus», sabiendo al mismo, tiempo divertirse con humor. Estos dos últimos años corresponden también a la instalación de una consulta liberal de «logopedia» a media jornada para tener el placer de trabajar la voz y de cantar. Arte, pedagogía y terapéutica se complementan bien.

Mis actividades vocales personales me parecen un buen pretil para unas exageraciones pedagógicas y terapéuticas que podrían a veces cegarse por la creatividad de descubrimientos.

Paralelamente, en 1978, siguiendo un consejo de un amigo, conocí a una pareja de fisioterapeutas, el señor y la señora Picard, rompiendo los aspectos tradicionales, energéticos, psicodinámicos del equilibrio vertebral y de una vieja práctica terapéutica de más de 35 años sobre las perturbaciones dolorosas o no dolorosas de este equilibrio vertebral. Las lecciones regularmente atendidas hacían reflexionar a la persona, a la cantante, al pedagogo y al terapeuta, pero contribuyeron también a abrir mis pasos en relación con la voz. Podía tomar conciencia de sus raíces vertebrales, gestuales, respiratorias, mentales,

espirituales; el arte pedagógico y terapéutico giraba hacia una reflexión más profunda en los comportamientos, al gesto ligado a la emisión vocal, a lo vivido psicosomático, al respeto hacia la somatización y a un cierto distanciamiento de la persona en el acto pedagógico y terapéutico.

—*¿Qué es la pedagogía vocal?*

—Naturalmente, los grandes intérpretes manifiestan a menudo un instinto fabuloso para crear una emoción exquisita a partir de su sensibilidad, con intención musical o/y del texto, de la teatralidad, de la presencia escénica... La pedagogía vocal, además del gesto musical, del gesto teatral, podría arraigar mejor la voz, sostenerla con un mejor gesto respiratorio, coherente y adaptado a la intención vocal, conservar el brillo de la voz de un esfuerzo corporal meditado que puede subrayar la intención, reforzarla, exaltarla o jugar en contrapeso para permitir soltar los excesos, principalmente las cerraduras ajustadas de la parte escapulolaríngea, que no faltan de surgir acudiendo en ayuda de las dificultades técnicas.

En una situación terapéutica, la patología vocal no es frecuentemente un problema de voz. Los diferentes niveles funcionales de la voz somatizan las dificultades de realización del «ser»..., maltrato, agotamiento, proceso de desarrollo vocal, pueden ciertamente ser la consecuencia de un entrenamiento técnico inadecuado..., y las modificaciones acústicas o la falta de bienestar, el estado precario de éxito del resultado artístico, inducen a la búsqueda «de un comportamiento de error». Pero un cierto número de personas tienen necesidad de sentir un esfuerzo al nivel de la garganta para emplearse a su gusto en su arte, y admiten difícilmente que queman su potencial energético y artístico en este juego. Están desorientados por la pérdida de su «esfuerzo», el arte terapéutico se vuelve delicado... El magnetófono se vuelve útil, estando a la escucha, el medio habitualmente puede dar su opinión.. Conviene tranquilizarse, dejar entrever la comodidad de la libertad laríngea, llevar la comprensión a la dinámica global de la persona para intentar evitar los traslados, y aceptar que algunos desean profundizar el cambio cuando otros

quieren ir a otra parte. Un sector del cuerpo médico, desafortunadamente el más escuchado, confirma cobardemente esta situación de autoconsumación por la prescripción abusiva de cortisona y sus derivados. También me he cruzado con una cantante de canción ligera, muerta de miedo frente a un éxito para el que no estaba preparada psicológica ni técnicamente, ya que no había cantado nunca antes este éxito que tenía que lanzarla en el mundo del «*show business*», y a quien se le había recetado cortisona como «medida de prevención» (*sic*).

Los diferentes cerrojos funcionales abiertos, la voz, tendrían que desarrollarse armoniosamente... La «proyección vocal» me parece entonces un problema falso: ¿no sería, pues, una cuestión de asumir «la proyección del ser» fuera de sus límites, cualesquiera que sean? ¡Lo que implicaría que la logopedia vocal no sería exclusivamente una medicina de función logopédica, sino una «medicina más global del ser»! Necesidad para el terapeuta con tendencia a «curar» el reconocer las proyecciones «perversas» y pérfidamente insidiosas de su arte... Por ejemplo, un actor inquieto tiene que forzar para asegurar el final de sus

representaciones, contestar que la voz «tomada» le concede una sensualidad que no debe necesariamente abandonar... (*sic*). El terapeuta en cuestión, cultivando una «sensualidad vocal» sobre un gesto corporal de suspiro durante el acto logopédico.

Estamos lejos del cirujano que muy a menudo se queda en lo que ha aprendido: quitar lo que molesta a sus nociones anatómicas y fisiológicas; sin embargo, algunos respetan la función y se consagran a darle los medios para realizarse, principalmente en la muy rara colaboración estrecha con el logopeda.

Estamos lejos del profesor de canto que transmite su arte en función de las lecciones que ha recibido, de su forma personal, de su estética acústica y de su audición fragilizada por los 80-90 decibelios que debe oír durante el día.

Además de las adquisiciones, anatómicas, fisiológicas, funcionales, patológicas, terapéuticas, etc., la terapéutica vocal no sacaría sus raíces de su creatividad en el esfuerzo personal del terapeuta, tanto corporal como vocal y mental, para que el artista terapeuta abriera sus ideas confrontadas a su experiencia con respecto al prójimo.